

EVA PERÓN Y LAS PRIMERAS DIRIGENTES DEL PERONISMO, 1949-1955

CAROLINA BARRY
UNTREF/ CONICET
cbarry@untref.edu.ar

(Recepción: 01/09/2010; Revisión: 30/12/2010; Aceptación: 08/04/2011; Publicación: 10/10/2011)

1. LOS DIRIGENTES.—2. LAS SUBDELEGADAS CENSISTAS.—3. LA PRIMERA ELECCIÓN.—4. ¿Y, LOS BASTONES?—5. REFLEXIONES FINALES.—6. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

El Partido Peronista Femenino surgió en julio de 1949, como una de las tres ramas del movimiento peronista. Este partido fue un caso emblemático del poder carismático; se trató de una organización centralizada dominada por el principio de obediencia al mando, en la que la simbiosis entre la identidad organizativa y la líder fundadora fue total y absoluta. Eva Perón decidió cómo sería la organización y la estructura del Partido y quiénes serían sus dirigentes, dando por tierra con cualquier posibilidad de democracia interna como también de líneas faccionales. A su vez, la singularidad estriba en que fue la primera organización que movilizó masivamente a las mujeres, como votantes, activistas y legisladoras. Este artículo trata de desentrañar cómo se produjo ese proceso de elección de las dirigentes y cuál fue el poder político que llegaron a ejercer. A su vez, cómo influyó en esta primera experiencia el poder ejercido por Eva Perón y qué sucedió luego de su muerte

Palabras clave: Argentina, siglo XX, política, mujeres, peronismo, liderazgo.

EVA PERÓN AND INITIAL LEADERS OF PERONISM, 1949-1955

ABSTRACT

The Women's Peronist Party came up in July 1949 as one of the three branches of the Peronist movement. This party was an emblematic example of charismatic power; it

was a centralized organization ruled by the principle of obedience to the leader, where the symbiosis between the organizational identity and the founding leader was absolute. Eva Perón decided which was going to be the organization and structure of the Party and who would occupy the leadership posts. In this way, there was not any space for internal democracy or for splinter groups. At the same time, this was the very first organization that assembled the women as voters, activists and legislators. This article tries to figure out how the election processes for the leadership posts were and which was the political power that the chosen leaders could exercise. In addition, how much influence did the power of Eva Perón signified to the party and what happened after her death.

Key words: Argentina, 20th century, politics, women, leadership, peronism.

* * *

Perón solía decir a los militantes que cada peronista debía llevar en su mochila el bastón de mariscal; frase probablemente tomada de las arengas de Napoleón a sus tropas que haría suponer que debían estar preparados para ejercer el mando en caso de ser necesario. Este artículo busca analizar cómo se conformó la estructura de dirigentes del Partido Peronista Femenino (1), y si sería factible afirmar que la carrera política dentro de esta organización planteaba pautas claras que condujeran a la posibilidad de que estas mujeres deviniesen en futuras mariscalas, aunque este término, según la Real Academia Española, refiere a la mujer del mariscal, aquí lo forzaremos a una acepción femenina. También, observar si era comparable con la estructura partidaria del Partido Peronista masculino.

La situación política de la mujer cambió notablemente durante el primer gobierno peronista a partir de dos hechos esenciales. El primero fue la aprobación de la Ley de Sufragio Femenino en 1947, con la consecuente oportunidad de que las mujeres votaran y fuesen votadas; el segundo, la creación del PPF, que buscó su incorporación masiva en la política. El PPF se fundó el 29 de julio de 1949 en el marco de la primera Asamblea Organizativa del Partido Peronista. Nació como una organización política compuesta exclusivamente por mujeres, que contó con una estructura y células operativas propias y fue crucial para que Juan Domingo Perón obtuviera la reelección para su segundo mandato presidencial. El PPF estaba presidido por Eva Perón (2), que alcanzó un poder impensado para una mujer a mediados del siglo XX.

A diferencia del Partido Peronista, se organizó y activó «desde arriba» y tuvo un proceso de organización rápido y carente de conflictos. El PPF formaba parte del Movimiento Peronista, que luego de varias instancias organizativas quedó constituido por el Partido Peronista, el Partido Peronista Femenino y la

(1) Partido Peronista Femenino: PPF.

(2) A lo largo del trabajo se nombrará indistintamente Eva Duarte, Eva Perón, Evita o Eva, sin tener en cuenta que tales apelativos responden a distintos momentos y demandas históricas, cuyo análisis excede el marco de este artículo.

Confederación General del Trabajo. De acuerdo con su reglamento general, el PPF estaba vinculado «íntimamente» al Movimiento Peronista, pero era autónomo respecto del Partido Peronista que integraban los hombres. Las tres fuerzas que conformaban el movimiento peronista eran independientes unas de las otras, pues en lo inmediato se ocupaban de sectores diferentes y de problemas distintos, aunque las tres persiguieran los mismos objetivos generales. Cada rama tenía sus propias autoridades y su propia organización adecuada a sus tareas específicas, como también sus propias organizaciones celulares: las unidades básicas. Cada una cumplía con distintos objetivos y en la práctica sus funciones y actuaciones políticas eran muy diferentes.

¿Por qué las sumó separadas del partido de los hombres? Esta situación fue producto de una doble circunstancia que llevó a considerar que la mejor alternativa era crear un partido exclusivo de mujeres. Por un lado, el conflictivo escenario que presentaba el Partido Peronista en sus años iniciales hacía casi impensable integrarlas en dicha estructura. Por otra parte, y simultáneamente, el ascendente papel protagonizado por Eva Duarte de Perón, no ya en su rol de Primera Dama o en el de benefactora social, sino en el de una dirigente política. Su liderazgo, la inexperiencia política de las mujeres y la difícil situación imperante en el Partido Peronista (3) llevaron a la conformación de un partido político singular.

La elección personal, y este término está empleado deliberadamente, de las mujeres que serían representantes y organizadoras del partido en todas las provincias y territorios nacionales fue uno de los temas más complejos de la organización femenina (4). Hay que tener en cuenta que no contaban con una tradición y experiencia de participación política, tal como sucedía con los hombres. En su mayoría eran vírgenes en estas lides, por lo cual no era una tarea sencilla comenzar de cero. ¿O, sí? Como resultado de la asamblea de creación del PPF se propuso encuadrarlas bajo el liderazgo de Perón; nombrar a Eva Perón presidenta de la organización femenina; efectuar un censo de mujeres peronistas en todo el país; y unificar los centros cívicos femeninos. Ahora bien, los primeros dos puntos eran bien claros y no dejaban lugar a dudas. ¿Cómo y quiénes realizaron el censo de mujeres? ¿Quién las eligió y qué características buscó en ellas? En definitiva, cuál fue la táctica política de organización empleada tanto en el ámbito nacional como en el provincial y sobre qué base se decidió la selección de las que serían dirigentes del partido.

1. LAS DIRIGENTES

El PPF, a diferencia del Partido Peronista, se organizó a partir de una táctica política de penetración territorial que contó con un «centro» que controlaba,

(3) Sobre este tema ver MACKINNON (2002).

(4) Sobre este tema ver BARRY (2009).

estimulaba y dirigía el desarrollo de la periferia, es decir, la constitución de las agrupaciones locales e intermedias del partido. Este tipo de desarrollo organizativo implica por definición, y siguiendo a Panebianco, la existencia de un «centro» suficientemente cohesionado desde los primeros pasos de la vida del partido (5). Con esta estrategia de penetrar el territorio, a mediados de octubre de 1949, Evita eligió personalmente a 24 mujeres, una por provincia o territorio nacional. Para hacerlo se valió de toda su astucia e inteligencia tanto para detectarlas como para descubrir sus aptitudes, pero, sobre todo, su lealtad. A diferencia de lo que sucedió con el partido de los hombres, el PPF se organizó con una rapidez llamativa, producto del trabajo frenético de Evita, pero también del buen ojo que tuvo en elegir a sus infatigables colaboradoras. «De aquellas treinta mujeres sin otra ambición que servir a la causa justicialista solo muy pocas me fallaron [...] quiere decir que eligiéndolas por su amor a la causa más que por otras razones, elegí bien» (6). Las mujeres fueron elegidas sobre la base de pautas muy subjetivas como los contactos personales, la probada lealtad y amor por la causa peronista.

Cada una de las 24 delegadas censistas era responsable de una provincia, territorio o la Capital Federal. Todas las elegidas recibieron en sus casas una breve carta fechada el 14 de octubre, con membrete del Movimiento Peronista Femenino, el escudo partidario, y firmada por Eva Perón como presidenta. La carta decía nada más y nada menos que había sido designada delegada del Movimiento Femenino Peronista en determinada provincia (7). No todas recibieron con entusiasmo la noticia, algunas sintieron que estaban incapacitadas para «hacer política». Evita no hacía caso de esos comentarios y les decía, imitando el vocabulario militar de Perón, que los soldados se hacen en el campo de batalla y que ellas no podían saber para qué servían si nunca lo habían hecho. «Y si no mírenme a mí». Ana Macri, por ejemplo, manifestó que prefería continuar dedicándose a la acción social, pues ella no servía para la política y ante la continua negativa Evita trataba de convencerla preguntándole: «si tenés novio te lo mando; tenés deudas, se arreglan; estás enferma te mando al mejor médico» (8).

Las mujeres elegidas estaban vinculadas estrechamente con algún sector del peronismo o contaban con una fuerte recomendación de alguien cercano a Evita. Luego de varias entrevistas con las posibles candidatas, seleccionó a las futuras delegadas. Pertenecían, en general, a los sectores medios. Todas eran muy jóvenes, instruidas, sumamente activas y de reconocida afinidad con el peronismo. Y en especial con una cualidad excluyente: sin experiencia política anterior. Algunas eran solteras y otras, casadas, en general sin hijos, y contaban con el aval de sus maridos y, en algunos casos, de sus padres. «¿Tu papá te dejará?»

(5) PANEBIANCO (1990).

(6) EVA PERÓN (1952).

(7) Archivos Hilda Castañeira (AHC) y Ana Macri (AAM).

(8) Entrevista de la autora a Ana Macri, 25 de agosto de 1998.

le preguntó Evita a Urbelina Tejada de Gómez cuando la designó delegada en San Juan (9). Cuando alguna de las mujeres del partido tenía problemas familiares como divorcios o tenencia de sus hijos, Evita intervenía directamente. Así sucedió con Nélide de Miguel como también con Haydée Ferrara, secretaria de la Sede Central de Santa Fe, que vivió durante dos años junto a su hijo de siete, en la sede partidaria. Existía una intención de allanarles los problemas a las que eran madres o que estaban casadas, y en estos casos, se le conseguía un trabajo al marido en la provincia de destino.

Aunque Evita así lo afirmaba, no todas provenían de la Fundación, salvo algunas muy destacadas como Trinidad Coronel, Catalina Allen, Luisa Komel, que era asistente social o Ana Macri, secretaria del Hogar de Tránsito 2 (10). Teresa Adelina Fiora, por su parte, era mano derecha de Evita en la Fundación y dirigía a su vez la Escuela de Enfermeras. Las que no estaban vinculadas con la Fundación como Hilda Castañeira, una maestra, que dirigía los centros cívicos femeninos de Santa Fe y mantenía desde 1947 una estrecha relación con Evita; cuando Evita la nombró en Salta, le dijo: «no sé si te premio o te castigo con esto» (11), pues no era una provincia fácil debido a la situación política que atravesaba. También había dos abogadas: Blanca Rodríguez y Elsa Chamorro Alamán, quien había presidido, en el mes de agosto de ese año, la Asamblea Extraordinaria de la Comisión Interamericana de Mujeres. Otras, vinculadas con el ambiente artístico: la cantante de tangos Juanita Larrauri, quien apoyaba al peronismo desde la campaña electoral de 1946 con sus famosas giras teatrales por los barrios porteños, los suburbios, pueblos y algunas ciudades del interior con la obra llamada: «Arriba los descamisados... Perón sí, otro no». También había otra delegada vinculada al ambiente artístico, la sobrina de un famoso cómico, María I. Parravicini. Dos eran esposas de militares: María Solveyra Casares y Delfina Molina. Una, prima del secretario privado de Evita, Atilio Renzi: Matilde Dora Gaeta de Iturbe. Y una, amante del diputado peronista (ex UCR JR) Alejandro Leloir, con quien tenía un hijo: Clementina Palumbo. Ninguna fue enviada a su provincia de origen para impedir la formación de caudillas (según decía Evita a las censistas). Por ejemplo, Hilda Castañeira, santafecina, fue destinada a Salta. Es oportuno aclarar que en la jerga peronista de

(9) Entrevista de la autora a Urbelina Tejada de Gómez, 14 de abril de 2000.

(10) Ana Macri fue recomendada por la madre Eufemia, superiora del Hogar de Tránsito 2 dependiente de la Fundación Eva Perón. La congregación religiosa Hijas del Huerto era la que asistía a dicha institución de ayuda social presidida por Eva Perón con quien establecieron una relación muy estrecha. En el registro de las Hermanas figura que el día 16 de octubre de 1949 oficiaron una misa por «la señorita secretaria Ana Macri con motivo de haber sido designada por la Dignísima Sra. de Perón, para las unidades básicas de Tucumán [...] las hermanas no dejaron de sentir este cambio, pues siempre se comportó muy bien, les era de mucha ayuda, en especial para la buena marcha del personal, pues siempre les inculcó el respeto a las religiosas y el cumplimiento del deber, pedimos a la Santísima Virgen del Huerto se digne a ayudarla en la nueva y difícil misión que le ha sido confiada». Cf. Archivo Hermanas del Huerto.

(11) Entrevista de la autora a Hilda Castañeira, 27 de septiembre de 2001.

aquellos años la palabra caudillo o caudilla tenía una connotación despectiva, pues hacía referencia a mandones, ambiciosos que solo buscaban acomodarse con un puesto. La única que fue nombrada en su territorio fue Esther Fadul quien se había relacionado con Evita luego de concurrir a la Capital Federal con los niños de Río Grande y Ushuaia que participaban de los Campeonatos Evita.

Sin embargo, pese a la firmeza que Evita mantenía en la organización, buscaba contemporizar situaciones armando pequeñas escenas para lograr su cometido y no enemistarse con las «chicas» (12). Elsa Chamorro quería ser delegada en Salta pues su hermano trabajaba en el ferrocarril y vivía en esa provincia. Para lograr su cometido, según testimonios, criticaba a Hilda Castañeira para que la sacaran de su puesto y la colocaran a ella. Evita armó una parodia y le dijo a esta última que dijese a todo que no, pues la quería a ella en Salta. Cuando comienza la reunión, la presidenta del partido le ofrece irse a trabajar a otro lado y ella, como una niña caprichosa y como jugando decía: «no, no, no quiero». Entonces Evita le dijo a Elsa Chamorro: «ves, no quiere» (13). Las mujeres trataban de imponer su parecer con respecto a sus destinos y Evita utilizaba este tipo de artilugios para lograr en definitiva algo que con solo impartir una directiva hubiese logrado. Este tipo de escenificación tiene un aire de familia a los que realizaba Perón con ella cuando por alguna razón no quería arrogarse una decisión.

El 22 de octubre todas partieron a sus destinos con una serie de instrucciones generales y un claro mandato: «su gran ideal es el de la Patria; como único líder, Perón, y como única aspiración política: servir a las órdenes de Evita» (14). Antes de partir, las delegadas fueron despedidas por Perón y Evita con un acto en la residencia presidencial, donde la presidenta del partido les insufló mística peronista, destacando que ellas eran las verdaderas misioneras de la doctrina peronista en la acción. También dijo que las mujeres que colaborasen con ellas con desinterés, perseverancia y lealtad serían las futuras dirigentes del movimiento en cada distrito. Pero, «lo primero que necesitamos es saber cuántas peronistas existen en el país, es decir, cuántas somos y dónde estamos» (15). De esta manera dio comienzo el gran censo de mujeres peronistas en todo el país, objetivo prioritario del partido conocer cuál era la inclinación política del sector femenino; se podría decir que, en realidad, se trató de una afiliación bajo el nombre de «censo».

Pronto llegaron los cambios y reacomodamientos, algunas debieron alejarse y fueron reemplazadas: la delegada por San Luis, por motivos que se desconocen, fue sustituida por Delia Parodi; en Santiago del Estero, María Evangelina Renard, fue reemplazada por Ester Nieves por cuestiones de salud; Ana Macri

(12) «Chicas» era la forma en que Evita se refería a las integrantes del partido.

(13) Entrevista de la autora *op. cit.*

(14) PPF, Presidencia, Circular 1, octubre de 1949, en ANL.

(15) *La Nación*, Buenos Aires, 24 de octubre de 1949.

cambió de provincia y se dirigió a Santa Fe, pues la delegada Komel, que «estaba siendo fagocitada por el gobernador», fue a Santiago del Estero (16). Celfa Argumedo, por diversos problemas que tuvo con su secretaria, fue enviada a Mendoza y luego a Chubut y en su reemplazo fue a Corrientes Otilia de Villa Maciel, quien pertenecía a una familia influyente de Tucumán y que trabajaba en Salud Pública en Buenos Aires. Nélica de Miguel reemplazó a la delegada de La Rioja, quien había entablado una estrecha relación con doña Silvia, la esposa del gobernador. Cuando la separaron del partido, enojada, quemó todos los papeles y fichas de afiliación de la Sede Central.

Como la primera tarea de las delegadas fue censar, se las conoció como delegadas censistas. Tuvieron la función específica de realizar el censo de las mujeres peronistas en todas las provincias y territorios nacionales. El censo en definitiva era una manera más sutil de decir afiliación. No es lo mismo censar, realizar un relevamiento o registro de personas que afiliar, que ya implicaría inscribirlas en una organización determinada. En un primer momento, hasta tanto se pudiera ver cómo reaccionarían las mujeres en su primera incursión política se hablaba de movimiento y censo en lugar de partido y afiliación. Uno de los elementos de los que se valió el PPF fue la utilización de un *discurso artificioso*, elaborado con arte y habilidad, que a través de la sutileza generaba cautela. Pese al tinte aparentemente negativo que sugiere el término *artificioso*, su inclusión no tiene, necesariamente, un fin malintencionado. En efecto, el discurso artificioso se construyó como un intento por suavizar el impacto que provocaría en las mujeres (y quizás en los hombres también), su ingreso en la vida política. Este discurso sugirió que las mujeres no pertenecían a un partido sino a un movimiento; no se las afiliaba sino que se las censaba; no hacían política sino acción social. También fue aplicado cuando se señaló que la principal función de las mujeres era ocuparse del hogar y que las cosas que aprendían en la unidad básica reforzaban sus conocimientos de las tareas hogareñas. Sin embargo, las funciones partidarias y políticas en muchas ocasiones prevalecieron sobre las domésticas. Lo cierto es que las mujeres estaban convocadas a afiliarse a un partido político justamente para hacer política en un local partidario definido como una «prolongación del hogar».

El Laborista apareció con grandes titulares: «Comienza la cruzada femenina peronista», y señalaba que las delegadas debían ser leales peronistas, activas propagandistas y hábiles organizadoras, pues se instituían de hecho en las directas consejeras locales del movimiento, dependiendo de ellas en gran parte el fruto que se esperaba. Al llegar a las ciudades capitales en representación de Eva Perón, muchas delegadas fueron recibidas bajo el grito de «¡Evita!, ¡Evita!» (17). Dependiendo del entusiasmo y compromiso del gobernador lo-

(16) Entrevista de la autora a Ana Macri, 1 de octubre de 2000.

(17) Entrevista a Benedicta Fernández de Aguirre, delegada en San Luis, en GURDULICH (1996).

cal, a algunas las esperaban con grandes homenajes e incluso las delegadas pronunciaban un breve discurso, para luego coronar la bienvenida con un almuerzo en la casa del gobernador. Otras, en cambio, solo tenían la dirección del hotel donde se hospedarían hasta tanto acondicionasen su residencia en la sede central del partido. La experiencia era nueva y generaba temores en las familias. Nélide de Miguel, divorciada y con una hija de cuatro años, se hizo cargo de su puesto de delegada en La Rioja. La acompañó su padre, quien obtuvo un permiso especial del partido, para hospedarse en la casa de su hija durante quince días; luego su madre se trasladó a la provincia para ayudarla (18).

Cuando llegaban a la provincia asignada, las delegadas censistas tenían una entrevista con el gobernador, quien con mayor o menor frenesí ponía a su disposición autos con chófer, casas, locales, escritorios, sillas, papelería, y todo lo que ellas le solicitaran. Por ejemplo, el gobernador de Tucumán le dio a la censista un jeep con altoparlante, que le sirvió para desplazarse por toda la ciudad invitando a las mujeres a afiliarse al partido. El general Filomeno Velazco, gobernador de Corrientes, pese a haber tenido algunos roces con Evita, ayudó mucho en la organización del partido en esa provincia.

La primera circular del PPF llegó con la censista a cada provincia (19). Extensa, y firmada por Eva Perón, recordaba a las censistas la misión que debían cumplir y los pasos a seguir. Lo primero que debían hacer era inaugurar «antes del 30 de octubre el local asignado para que funcione la sede central». El trabajo que emprendieron las delegadas censistas tuvo un ritmo frenético. Entre el 29 de octubre y el 5 de noviembre de 1949 abrieron formalmente las 23 sedes centrales del PPF en cada provincia, territorio y Capital Federal. Si bien los locales o casas ya estaban asignados, pues como señala Castañeira, «antes de que se armara el partido, la Señora mandaba a que se buscaran sedes sin que nadie se enterase» (20), las delegadas debieron acondicionarlos para su inauguración y funcionamiento, que, dada su inigualable ubicación, pasaron a formar parte del paisaje del centro urbano, frente a la plaza principal y junto a la Catedral, la Casa de Gobierno y la Escuela Normal. Por el momento, la organización partidaria solo contaría por un lado con las censistas de provincia, que se encontraban bajo la «jefatura directa de la señora Eva Perón» y, por el otro, con la sede central.

La primera sede inaugurada fue en la ciudad de Buenos Aires, en la calle Corrientes 938. A esta apertura, como a las de las restantes sedes centrales provinciales, asistieron funcionarios, legisladores, dirigentes partidarios, integrantes de los centros cívicos, que debieron ser autorizados expresamente por la

(18) Nélide de Miguel se divorció de su marido por la intensidad del trabajo que lleva a cabo en Ayuda Médica Integral y luego en la Fundación Eva Perón, donde no reparaba en horarios. Entrevista de la autora a Nélide de Miguel, 30 de noviembre de 2006.

(19) PPF, Presidencia, Circular 1, octubre de 1949, en ANL.

(20) Entrevista de la autora a Hilda Castañeira, 6 de marzo de 2002.

presidencia del partido para ser invitados. También asistía numeroso público. Si representar a Eva Perón generaba en las delegadas cierta extrañeza y admiración, comenzar a hablar en público no lo hacía menos. La única que podía hablar en el acto de inauguración era la censista. Aunque existía una línea general dada por la presidencia del partido para los discursos, cada una escribió el suyo. De acuerdo con las directivas partidarias, debían destacar que la mujer tenía no solo una misión política que cumplir en el peronismo sino una misión social «de la que puede ser ejemplo vivo la Sra. Eva Perón»; debían acentuar que la lealtad era la virtud que no debía dejar de poseer ningún peronista «señalando como ejemplo en este sentido al Coronel Mercante»; debían enfatizar que la única tarea del movimiento en ese momento era «investigar cuántas peronistas hay», es decir, censar para luego comenzar la acción política en forma directa (21). También debían destacar la necesidad de desterrar el caudillismo y de contar con el trabajo desinteresado y abnegado de las mujeres peronistas, sin ambiciones personales. Luego, cada una le daba el toque personal, halagando profusamente a Perón y Eva Perón. Así, por ejemplo, la delegada Teresa Fiora dirigió un discurso en el que, luego de dar por abierto el censo de mujeres peronistas, remarcaba que las peronistas debían tener tres virtudes esenciales: lealtad, desinterés y dedicación, pues solo así serían «dignas del general Perón y de Eva Perón y de los sacrificios permanentes que impone el movimiento peronista femenino a su abanderada» (22).

El caso de la provincia de Buenos Aires era único y singular pues, si bien contaba con una delegada censista, Catalina Allen, el PPF en la provincia era presidido, aunque de manera honorífica, por la esposa del gobernador, Elena Caporale de Mercante. Evita tenía un especial cariño y respeto por ella, incluso la defendía y protegía. A tal punto llegaban sus sentimientos que, cuando se enteró de que Mercante mantenía una relación amorosa con su eficiente secretaria Isabel Ernst, la despidió, pues consideraba impropio avalar esa situación por su amistad con Elena Caporale (23). Ella también fue la única esposa de un mandatario provincial que puso en funciones a una delegada en nombre de Eva Perón. Elena, siempre cuidadosa y leal, señaló en un reportaje a *El Laborista* «que el nombre de Eva Perón, alma y nervio de este movimiento, está ya grabado en el corazón de todas las mujeres peronistas. Por ella y para ella trabajaremos sin desmayo» (24). El mismo gobernador Mercante le recordaba a su activa esposa, con cierta ironía, cuando iba a inaugurar alguna de las tantas obras provinciales: «querida, no olvides decir que todo se lo debemos a Evita» (25). Buscando agradecer o evitar cualquier tipo de conflicto, recelo o

(21) PPF, Presidencia, Circular 1, octubre de 1949, en ANL.

(22) Teresa Fiora en su discurso la llamó «dama del despertar y la valoración cívica de las mujeres argentinas». Cf. *Noticias Gráficas*, Buenos Aires, 29 de octubre de 1949.

(23) Entrevista de la autora a Domingo Mercante (hijo), 25 de septiembre de 2003.

(24) *El Laborista*, Buenos Aires, 31 de octubre de 1949.

(25) Entrevista de la autora a Domingo Mercante (hijo), 6 de abril de 2006.

susplicacia, todas las dirigentes del partido destacaban siempre en sus discursos, en cualquier nota o escrito del partido, que todo lo que hacían se lo debían a Eva Perón, o que ella era la única líder del partido o que renunciaban a todo tipo de ambición personal. Las censistas sabían que, si bien el amor de Evita era inconmensurable, había ciertos códigos, propios del liderazgo carismático, que ellas de antemano conocían y respetaban.

Rápidamente (siguiendo los lineamientos que da Max Weber en su caracterización de los partidos de masas), se fue gestando una organización fuerte y diferenciada, con un personal político profesional y a tiempo completo, cuyo mantenimiento lo extraía de la propia política. La rama femenina copió de la burocracia estatal la rapidez de decisión, uniformidad, jerarquización formal, disciplina y secreto; estos atributos convirtieron al partido femenino en un instrumento político mucho más eficiente y eficaz que los partidos que Weber denomina de notables (26). Pronto las delegadas se convirtieron en un ejército de «Evitas» a la que imitaban en sus gestos, sus poses, en la forma de vestirse y de peinarse, pero, sobre todo, en el fanatismo por la causa de Perón. A estas mujeres, la oposición y no pocos oficialistas las llamaban peyorativamente, aunque con cierto resquemor, «las espías de los barrios». Ellas preservaban, observaban y vigilaban las lealtades a Perón y a Evita y luego transmitían gustosas las novedades. Las delegadas censistas viajaban cada quince días o cada vez que Evita las llamara a Buenos Aires para recibir instrucciones y pasar el parte, personalmente, de lo que sucedía hasta en los rincones más apartados del país. Eva Perón tenía una permanente comunicación con las delegadas, de modo que conocía hasta los mínimos detalles de lo que sucedía aun en las provincias más alejadas. En esas reuniones, además, discutían temas sociales, necesidades y problemas particulares de cada provincia que requerían urgente solución.

Durante los primeros meses de actividad partidaria, la organización del Movimiento Peronista Femenino, como se lo llamaba en ese momento, sólo tenía una sede central por gobernación o provincia y las censistas actuaban directamente en la sede central bajo la jefatura de Eva Perón (27). Las sedes centrales, en las que se concentraba toda la organización burocrática del partido femenino, estaban instaladas en grandes casonas tipo *petit* hotel pertenecientes, en general, al gobierno de la provincia o al municipio. Estaban perfectamente ordenadas, prolijas y limpias y contaban con la presencia permanente de la censista o, en su defecto, de una de las dos secretarías que tenían asignadas.

La tarea del registro de mujeres peronistas comenzó el mismo día de apertura de cada sede central. Luego del acto de inauguración, la censista invitaba a las mujeres que así lo desearan a afiliarse al partido, siendo ella la única autorizada. Las instrucciones eran que la afiliación debía ser persuasiva y voluntaria. Las censistas debían aclarar que no era necesario pertenecer a un centro cívico

(26) WEBER (1964): 193-197.

(27) PPF, Presidencia, Circular 1, octubre de 1949, en ANL.

o gremial para afiliarse, pues «solo bastaba con una simple proclamación de fe peronista» para integrar el partido (28). Los métodos de captación de mujeres quedaban en manos de cada censista, que se manejaba de acuerdo con las características propias del lugar; pues, en ese sentido, «teníamos mucha libertad de acción» señala Ana Macri (29). En las provincias más adeptas al peronismo, la tarea fue sencilla y las afiliaciones se contaban diariamente por cientos o miles, como en Tucumán, donde, según palabras de Evita, «hasta las piedras son peronistas». Sin embargo, la recepción a las censistas no era siempre la misma. A veces eran recibidas con aclamaciones, aplausos y mucho entusiasmo, y lograban afiliar en un solo día a mil mujeres (30). A veces sucedía, recuerda la delegada de La Pampa, que las «recibían a palos» porque no estaba bien visto que la mujer participara en política, «tratábamos de convencerlas, pero había mujeres que eran muy reacias» (31). En efecto, las censistas solían encontrarse con dos dificultades casi constantes: el miedo de muchas mujeres a lo desconocido, a incorporarse en una actividad que «no era» para las mujeres y la oposición de los padres o maridos a que actuaran en política.

Las censistas debían enviar semanalmente, a Eva Perón, un informe acerca de la labor y de la marcha del partido, una copia de los discursos pronunciados por ellas y recortes de las publicaciones que eventualmente hubiera efectuado la prensa sobre sus actuaciones (32). Aunque, según Mary Main, «Eva no compartió la publicidad [...] entre las miles de fotografías publicadas en ese entonces, los únicos nombres que se leen son el de ella misma y el de Perón [...] nunca los de sus colaboradoras en el PPF» (33). Si bien es cierto, y respondiendo a las características de un liderazgo carismático, que la propaganda oficial se centraba principalmente en la exaltación de sus líderes, la actividad, los discursos, las inauguraciones y las opiniones de las 24 delegadas censistas estaban ampliamente cubiertos por los principales diarios de las capitales de provincia. Incluso, en algunas provincias, lograron hasta opacar la aparición del gobernador en los periódicos.

Las delegadas llegaron a tener tanto o más poder que el gobernador, señala Hilda Castañeira, por el temor que le tenían a Evita. Ella mantenía con sus mujeres una relación prácticamente maternal, con una atención muy especial hacia cada una de ellas. Ana Macri cuenta con lágrimas en los ojos: «nos cuidaba como una madre a su hija de 15 años». Incluso, todos los domingos llamaba a una por una para saber cómo se encontraban y si extrañaban a sus familias (34). Evita aspiraba a ser para las mujeres peronistas una madre o una hermana que

(28) *La Acción*, Rosario, 19 de enero de 1950.

(29) Entrevista de la autora a Ana Macri, 5 de junio de 1999.

(30) *La Acción*, *op. cit.*

(31) Entrevista de la autora a Dora Gaeta, 3 de octubre de 2003.

(32) PPF, Presidencia, Circular 2, noviembre de 1949, en ANL.

(33) MAIN (1955): 180.

(34) Todas las delegadas censistas entrevistadas coinciden con este testimonio.

trata de comprenderlas, de ayudarlas y buscaba que se entendieran y ayudasen entre ellas (35). Si bien la actitud de Evita era de una extrema firmeza, mantuvo, a lo largo del tiempo, una relación sumamente cálida, cordial, atenta, afectuosa y realmente maternal con las delegadas y algunas subdelegadas censistas. La relación política se estableció a partir de fuertes lazos personales, donde las censistas llegaron a sentirse sus «amigas» o «confidentes» y serlo de la mujer más poderosa de Argentina, y quizás del mundo, no era un tema menor, y las posicionaba políticamente de una forma inmejorable.

Las delegadas respondían a este privilegio con una dedicación total, basada en una estricta disciplina que abarcaba tanto la vida personal como la política. Contaban con una disponibilidad absoluta y, tal como se lo pedía Evita, tenían «que trabajar y sacrificarse porque nada se consigue sino por el camino del sacrificio, de la comprensión y del amor [...] Sacrifiquémonos; no pensemos en horarios ni en nada. Estamos luchando por el ser o no ser de la patria» (36). Estos actos de abnegación inspirados en el apasionamiento por la causa eran los más invocados por Evita cuando se dirigía a las dirigentes intermedias.

Ellas le respondieron no solo con su lealtad sino con una dedicación y eficacia llamativa buscando agrandar y evitar cualquier tipo de conflicto, recelo o suspicacia. Si existían enconos entre las partidarias eran dirimidos por Evita. Se mantuvo un tipo de organización que buscaba evitar la generación de conflictos internos, al punto de que tenían prohibido el contacto mutuo entre ellas y de ser incumplida esta orden eran separadas de su cargo, tal como sucedió con la delegada de Jujuy que fue a visitar a la delegada de Salta para ver si la apoyaba en un tema (37). Existía dentro de la organización una clara identificación de jerarquías, aunque la toma de decisiones estaba en manos de Evita. Las delegadas tuvieron total libertad para organizar sus provincias a partir de una serie de instrucciones claras y precisas, pero su obediencia hacia arriba era absoluta. Su poder estaba garantizado en la medida de su lealtad y de la capacidad para asegurar la confianza de la líder.

Una vez instaurada la afiliación o censo en la sede central, comenzó el desplazamiento territorial hacia los distintos barrios de las capitales provinciales. Luego, este trabajo se tornó más complejo al trasladarse a las cabezas de departamento y después a las ciudades, pueblos, caseríos y zonas rurales del interior de cada provincia. Para comenzar la tarea de afiliación, instalaban una mesa en una plaza y allí afiliaban. En la mayoría de las provincias existían muchos lugares de difícil acceso a los que las censistas habitualmente llegaban en autos, camionetas, canoas, caballos hileros, burros y también en las llamadas canadienses, una especie de jeeps con los que se podían cruzar ríos y transitar caminos sinuosos y de tierra, comprados por Perón al finalizar la guerra. «Recorrí

(35) EVA PERÓN (1999): 238.

(36) *Ibídem.*

(37) Entrevista de la autora a Hilda Castañeira, 6 de marzo de 2002.

cinco veces el Chaco en jeep con un señor que me había puesto el gobernador», cuenta Magdalena Álvarez de Seminario (38). Dora Gaeta, por su parte, señala: «Costaba mucho recorrer La Pampa. Las distancias eran muy grandes... el gobernador Roggero nos ayudaba mucho, porque la quería muchísimo a Evita» (39). Junto con el desplazamiento territorial vino la necesidad de nombrar subdelegadas censistas que abarcarían zonas menores, no ya una provincia o territorio sino un pueblo o un barrio.

2. LAS SUBDELEGADAS CENSISTAS

A medida que avanzaba la expansión territorial, el trabajo se tornaba cada vez más arduo y fue necesario seleccionar a mujeres que estuvieran dispuestas a trabajar en el partido como subdelegadas censistas. De esta manera, las delegadas se ocupaban de la provincia mientras que las subdelegadas eran las encargadas de organizar el partido en las ciudades, pueblo y barrios. Todas ellas también fueron nombradas bajo la supervisión de Evita. Tomando las palabras de Panebianco, conforme avanza el desarrollo de la organización se hace preciso reclutar y preparar las «hornadas» de los futuros dirigentes, es decir, socializarlos a través del aprendizaje de las obligaciones que implica su función (40).

En sus iniciales tareas de afiliación, las delegadas buscaban a las mujeres susceptibles de colaborar con el partido: las entrevistaban y preguntaban si estaban interesadas y si se sentían capacitadas para hacerlo. Buscaban que tuvieran cierto nivel educativo, que mínimamente hubiesen terminado la escuela primaria y, de ser posible, tuviesen «algo más de estudio», dice Ana Macri. Pero, sobre todo, evaluaban las cualidades «morales y peronistas» de cada una de ellas (41). Hilda Castañeira apunta: «Vos, cuando llegabas a un lugar, enseguida te dabas cuenta de quién era la más instruida... aunque a veces me conformaba con que fueran muy peronistas» (42). Había una cantidad considerable de maestras afiliadas y muchas de ellas fueron nombradas subdelegadas censistas (43). No es un tema menor que las maestras formaran parte del sector dirigente del partido. Las maestras son figuras referenciales en una sociedad y en una familia, además de ser las reproductoras sociales por excelencia. La maestra era la «segunda madre» e integrante de la trilogía de «hadas buenas»: mamá, Evita y «la señorita» que protegían a los niños según aparecía en los libros de lectura infantiles publicados durante el período peronista. Las tres eran consideradas hadas protectoras y bienhechoras; seres fantásticos y extraordinarios. Más allá de la razón

(38) Entrevista de la autora a Magdalena Álvarez de Seminario, 5 de marzo de 2007.

(39) Entrevista de la autora a Dora Gaeta, 3 de octubre de 2003.

(40) PANEBIANCO (1990): 116.

(41) PPF, Presidencia, Circular 3, febrero de 1950, en ANL.

(42) Entrevista de la autora a Hilda Castañeira, 4 de mayo de 2003.

(43) *La Acción*, Rosario, 19 de enero de 1950.

práctica de que el partido necesitaba mujeres instruidas para llevar a cabo la organización y puesta en marcha, la implicancia de que numerosas maestras se vieran atraídas también aportó una nueva carga simbólica al partido.

A medida, entonces, que fue avanzando la expansión territorial del partido y para lograr una adecuada organización, fue imperioso el nombramiento de subdelegadas. La delegada censista enviaba con antelación a sus secretarías para que anunciaran su llegada y comenzaran a organizar la afiliación. Los diarios del lugar anunciaban su arribo e indicaban en qué lugares abrirían unidades básicas o instalarían las mesas de afiliación (44). En general, cuando llegaban a un pueblo o localidad más alejada en donde no existían relaciones directas con mujeres del lugar, la delegada se ponía en contacto con el intendente, si era peronista, o con el juez de paz del lugar o el comisario del pueblo, quienes las conectaban con su propia esposa y ella a su vez avisaba a las otras mujeres la llegada de la censista, o les indicaba cuáles de las mujeres del pueblo eran simpatizantes. La censista instalaba una mesa en la plaza principal y comenzaba el ritual de afiliación y separación de las más aptas para ternerlas como subdelegadas. A veces, el comisario del pueblo era quien entregaba directamente, a su pedido, los nombres de las posibles candidatas.

Una vez seleccionadas, las delegadas enviaban a Eva Perón ternas de mujeres con los datos completos, tal como lo disponía la circular 1: «Las censistas deben proponer ternas de mujeres por distrito o barrio para ser nombradas subdelegadas y los datos deben presentarlos personalmente a Eva Perón». Entre las referencias requeridas figuraban no solo los datos de las mujeres sino también los de sus padres, hermanos, maridos o novios e hijos. La policía adjuntaba un informe detallado y minucioso de cada una de las posibles candidatas y de sus familias y todo se enviaba a la presidencia del partido antes de que Evita tomara la decisión de elegir las. Estos informes tenían un aire de familia a los requisitos para contraer matrimonio expuestos en el reglamento militar interno, en los que se estudiaba pormenorizadamente a «la señorita» futura esposa y a su familia. Pero la policía no solo analizaba las ternas de candidatas sino que también enviaba informes semanales y detallados acerca de la actividad desarrollada por las mismas delegadas censistas. «Una sola vez me rechazaron unas candidatas... Evita me llamó y me dijo: ‘¡Che Peti!, ¿hay mujeres decentes en Santa Fe?, ¡me han mandado una terna que no puede ser! Son todas putas, si tengo que hacer un partido de vírgenes me quedo sin movimiento...’ Bueno, señora, le contesté: lo que pasa es que ¡han trabajado tanto!» (45). De

(44) Por ejemplo, así lo anunciaba un diario correntino: «PPF: Paso de los Libres: Para el 22 del corriente se anuncia la llegada de la delegada censista correntina Doña Otilia Villa Maciel de Schauer. Viene con el objeto de inaugurar las siguientes unidades básicas: en Tapabicua, Parada Pucheta, Bonpland, San Antonio y cambio de subdelegada en Yapeyú. Además creará otra unidad básica en nuestra ciudad poniendo en posesión de su puesto a una nueva subdelegada censista». Cf. *El Nacional*, Corrientes, 1 de febrero de 1951.

(45) Entrevista de la autora a Ana Macri, 13 de noviembre de 2002.

todos modos, no pudo nombrarlas subdelegadas. Se ponía mucha atención en la decencia y en el comportamiento de estas mujeres. Es probable que Evita supiera, quizás por experiencia propia, que la inclusión de mujeres cuya conducta dejara un manto de dudas acerca de su pureza moral era como «darle pasto a las fieras».

Las delegadas solo podían poner en funciones a las subdelegadas una vez que Evita les hubiera dado el visto bueno (46). Según sus indicaciones, nunca nombraban a una sola por localidad, debían nombrar por lo menos a dos (dependiendo de la cantidad de habitantes) para evitar la formación de caudillas. Las subdelegadas se hacían cargo de un determinado territorio para censar y de buscar un lugar apto para la apertura del local partidario, pues donde había una subdelegada existía una unidad básica femenina (47).

Las delegadas censistas eran 24, mientras que las subdelegadas se multiplicaron por miles. Si las delegadas provenían de diferentes provincias, las subdelegadas debían ser mujeres que habitaran el mismo pueblo o barrio. Ahora bien, ¿quiénes eran y qué se buscaba en las subdelegadas censistas? Había distintos criterios para la selección de subdelegadas que dependían de la delegada censista de la zona. En general, que fueran muy peronistas e instruidas. «Es indudable que al designarse a las subdelegadas se ha tenido en cuenta a aquellas que, surgidas de un grupo de consulta, ofrecieran las mayores seguridades, tanto en conducta como por su espíritu de dedicación y sacrificio para asumir las responsabilidades de su cargo, conferido directamente por nuestra líder, con la representación de la delegada del partido en la provincia» (48). También se evaluaba la lealtad, capacidad y disciplina, unidas a los deberes especialísimos de su militancia para los que se les pedía que tuvieran buen trato, compañerismo, desinterés y la disposición para obrar recta y conscientemente. Además debían tener «el don de atracción y simpatía», es decir, se les pedía que fueran carismáticas, para un fin colectivo no individual, pues debían ser desinteresadas de cualquier tipo de ambición personal. Debían hacerlo por Eva Perón, que «está esperando con ansia el resultado del trabajo, del rendimiento y de la preparación de cada una, para que ese futuro, ya descartado como promesa firme, sea muy pronto una realidad palpable en la Nueva Argentina» (49). Quedaba claro que el cargo se lo ganaban como promesa de un trabajo y sacrificio propio e importante. Pero también, quedaba claro que era una gracia otorgada por la líder. Las subdelegadas pasaban a ser corresponsables del futuro argentino, es decir, pasaron de una situación de exclusión política a una responsabilidad equiparable a la de sus líderes, aunque no compartían su poder.

(46) PPF, Presidencia, Circular 3, febrero de 1950, en ANL.

(47) PPF, Presidencia, Circular 1, octubre de 1949, en ANL.

(48) PPF, Sede Central Santa Fe, Circular 4, «Normas que deberán cumplir las subdelegadas censistas», Santa Fe, 1951, en AAM.

(49) *Ibidem*.

Entre las seleccionadas y especialmente en las ciudades más importantes había maestras, inspectoras, directoras de escuelas, empleadas públicas, como también empleadas administrativas y asistentes sociales de la Fundación Eva Perón (50). Por ejemplo, fueron nombradas subdelegadas censistas Carmen Delia Maldonado, que integraba la escuela de enfermeras de la Fundación; Nila Lloyd, que era egresada de la escuela de enfermeras de la Cruz Roja y visitadora de higiene y seguridad social; Beatriz Bruzzatori, asistente social de la Fundación; Generosa Aguilar, que era maestra, igual que Eloisa Chico de Arce, secretaria del partido en Corrientes. Pero así como había muchas maestras y empleadas administrativas, había muchas otras, especialmente en las zonas rurales, que por su fanatismo y lealtad se convirtieron en subdelegadas. Eran mujeres duras, de carácter fuerte, muy curtidas y que vivían en el campo. Ellas organizaron y movilizaron a las mujeres de su zona simplemente contando «todo lo que hacía Evita» (51). Otro caso, por ejemplo, es el de Norma Egan, una descendiente de irlandeses de San Antonio de Areco, que fue a buscar trabajo a la Fundación y Evita le dijo que la necesitaba para hacer política. «Yo fui a pedir trabajo y me dieron para hacer política, la señora me preguntó varias cosas y por un senador... Lascano». Norma Egan trataba directamente con Renzi y no con la delegada de la provincia Allen. Ella reemplazó a la anterior subdelegada de Areco, Willington de O'Berty, otra mujer de familia irlandesa, quien aparentemente no tenía la dinámica y la capacidad de trabajo que necesitaba el partido en ese momento y por ello renunció. Cobraba un sueldo del Ministerio de Hacienda. En la zona de Areco, una población mayoritariamente rural, ella iba por los campos en un jeep Land Rover que le había dado Renzi. Todos los dueños de campos y los estancieros «me conocían, porque mi papá tenía una tropilla y mis tías eran maestras y otra, directora de la escuela». Pedía permiso para entrar al estanciero o al dueño del campo, ellos siempre se lo permitían. Luego hablaba con las mujeres de los peones: «Yo les contaba cómo era de linda (por Evita), que veía gente que salía (de la Fundación Eva Perón) con cosas, con máquinas... y la gente se entusiasmaba... les explicaba que iban a vivir mejor y que nos ayudaran con el voto» (52). Con tal de conseguir afiliaciones, Norma «iba a los boliches y comía salame con un vaso de vino, o tomaba mate en una casa», lo que le costó una reprimenda de la inspectora de unidades básicas de la provincia. Por otra parte, había mujeres que estaban relacionadas indirectamente con Evita, como la sobrina de su chófer, Nélica Carreiro. Otras, trabajaban en diferentes reparticiones estatales y comenzaron a trabajar en el partido, marcando una nueva cuota de indiferenciación entre el

(50) Plotkin señala que la mayoría de las delegadas o subdelegadas eran enfermeras de la Fundación Eva Perón. PLOTKIN (1993): 269.

(51) Entrevista de la autora a Eloisa Chico de Arce, secretaria de la Sede Central del PPF de Corrientes, 23 de octubre de 2003.

(52) Entrevista de la autora a Norma Egan, subdelegada censista de San Antonio de Areco, 19 de abril de 2004.

partido y el Estado. El partido actuaba como si fuera una entidad estatal. Las delegadas y la mayoría de las subdelegadas censistas, las secretarías de la sede central provincial y las colaboradoras rentadas estaban adscriptas a él y continuaron percibiendo sus haberes del mismo lugar de trabajo de donde provenían, aunque laboralmente dependieran de la sede central del partido, lugar al que debían reportarse. Las que no estaban designadas en el Estado, pronto lo estuvieron (53). En tanto empleadas estatales, estaban desafectadas de las tareas inherentes al cargo en que revistaban presupuestariamente para desempeñar (con carácter transitorio) en el ámbito nacional, provincial o municipal y a requerimiento de otro organismo, repartición o dependencia estatales, funciones tendentes a satisfacer necesidades excepcionales propias del área solicitante. Pero este atributo no contemplaba de ninguna manera a un partido político, si bien todas, incluidas las secretarías, las colaboradoras rentadas y los chóferes continuaron percibiendo sus haberes del lugar de procedencia o en el que fueron nombrados. Las delegadas y subdelegadas dependían laboralmente del partido, que de ninguna manera era un ente estatal: allí debían remitirse por pedido de vacaciones, ausentismo, y enviar en caso de enfermedad un certificado médico (54). Por ejemplo, una circular de Capital Federal solicitaba que se enviara «con carácter urgente, a la sede central del partido, la lista del personal de las unidades básicas que había sido designado en la Municipalidad, especificando con exactitud la oficina respectiva» (55). Varias circulares partidarias daban cuenta de esta situación. A las subdelegadas de zonas más humildes y alejadas, que no podían ocupar un cargo en el Estado, la presidencia del partido les enviaba cincuenta pesos por mes para cubrir los gastos que su actividad le generase (56). Las delegadas y subdelegadas no recibían dinero para el mantenimiento de las unidades básicas y, en caso de ser necesario, cubrían los gastos con sus propios ingresos. Debido a ciertas irregularidades cometidas por alguna subdelegada, se prohibió solicitar donaciones en dinero al comercio o a la industria. De cualquier manera, el partido enviaba todos los elementos necesarios para su funcionamiento.

Se dio así una rotación laboral entre el Estado, la Fundación y el PPF, aunque muchas de las censistas no tenían clara conciencia de lo que eso implicaba.

(53) Según consta en la declaración efectuada por José Justo Marrón a la Comisión Nacional de Investigaciones, «el 95% del personal que trabajaba en PPF eran empleados públicos que no prestaban servicios en la administración pública», en Argentina, Comisión Nacional de Investigaciones, *Documentación, autores y cómplices de las irregularidades cometidas durante la segunda tiranía*, Buenos Aires, Vicepresidencia de la Nación, 1958, 5 t, Comisión 43.

(54) Un ejemplo de la indiferenciación entre la instancia estatal y la partidaria es, por ejemplo, que en casos en que el personal de la unidad básica se ausentara por enfermedad u otras razones, se debía dar aviso telefónico a la sede central del partido, como así también la fecha en que se reintegraba, además de que se debía presentar el respectivo certificado médico. PPF, Sede Central, Capital Federal, 14 de junio de 1950, en ANL.

(55) PPF, Sede Central Buenos Aires, 11 de noviembre de 1950, en ANL.

(56) Entrevista de la autora a Eloísa Chico, 23 de octubre de 2001.

Sí la tenían en cuanto a sus lugares de pertenencia y a los ámbitos de acción. No existían dudas si trabajaban en el partido o en la Fundación. Si bien Bianchi y Sanchís y Plotkin señalan que había una completa indiferenciación en las actividades del personal de ambas organizaciones (Fundación y Partido) (57), tanto las entrevistas realizadas como las circulares emanadas del partido no reflejan esta situación. El Partido contaba con su propia organización política, territorial y administrativa. Sus objetivos eran diferentes a los de la ayuda social. No existía interrelación con la Fundación salvo en pedidos determinados casos. Además, a fin de que las delegadas no dispusiesen de su propia estructura política, los pedidos de ayuda social, en ningún caso, eran entregados en nombre del «partido» o de una delegada determinada, si no, en nombre de la Fundación, es decir, de Eva Perón.

No todas las mujeres eran susceptibles de ser elegidas subdelegadas. Según claras instrucciones de Evita, las mujeres que encabezaban los centros cívicos femeninos (que generalmente estaban a cargo de la esposa de un caudillo o dirigente de una unidad básica masculina) no podían ser designadas. Evita aconsejaba que eligiesen solo a las integrantes de los centros cívicos, pero no a sus dirigentes, porque, según les decía, ellas habían adquirido los viejos vicios de la política criolla y el PPF era una cosa nueva que no debía contaminarse (58). Evita, en su autobiografía, *La razón de mi vida*, también se refiere a este hecho diciendo que existían algunos pocos «caudillos» políticos en el peronismo que creían que podían manejar al movimiento femenino pero que gracias a las instrucciones que les había impartido, fueron frenados por las delegadas o subdelegadas censistas (59).

Aunque los centros femeninos habían sido unificados e incorporados al partido en bloque, todavía muchos de ellos mantenían cierta autonomía y resistencia a disolverse ante el avance del partido femenino. Los términos nuevamente se habían confundido y tal como había sucedido con las originales fuerzas peronistas, unificar significó disolver. Deliberadamente fueron perdiendo influencia, a tal punto que ni siquiera podían dar información vinculada con el censo de mujeres (60). Tampoco debían ocupar cargos las esposas de gobernadores (61), funcionarios, intendentes o políticos, muy proclives a entusiasmarse

(57) BIANCHI y SANCHÍS (1988): 134; PLOTKIN (1993): 269.

(58) Sobre este aspecto hay coincidencia entre varias entrevistadas: Beatriz Bruzzatori, Ana Macri, Hilda Castañeira, Nila Lloyd, entre otras.

(59) EVA PERÓN (1952): 292.

(60) *La Gaceta*, Tucumán, 23 de noviembre de 1949.

(61) Según relata Ana Macri, cuando ella hablaba en un acto, la esposa del gobernador de Tucumán llevó un grupo de mujeres para que vitorearan su nombre. Macri debió decirle: «Los únicos nombres que se pueden vitorear son los de Perón y Evita. Y la esposa del gobernador nunca más fue a un acto nuestro». Entrevista de la autora a Ana Macri. La delegada de La Rioja, Juana Arcondo, estableció una relación demasiado estrecha con la esposa del gobernador quien asiduamente concurría a la sede del partido. Esto le valió su separación de la organización. Entrevista de la autora a Nélica de Miguel.

pues seguían el ejemplo de Evita, «vos recibílas y aceptá todo lo que te ofrezcan, pero nunca las nombres como subdelegadas censistas porque sus maridos van a querer manejarlas y así al PPF» (62). Incluso, les aconsejaba que las delegadas fueran a la casa de gobierno a entrevistarse con las esposas de gobernadores y no a la inversa. Esta situación por ejemplo se dio en Bahía Blanca con Etelvina Bonfiglio, esposa del diputado nacional Forteza; las esposas de los gobernadores de Santa Fe y Mendoza, entre otras. Si bien este tipo de indicaciones era verbal, la Circular 1 señalaba que la delegada no debía propiciar la autorización de ningún grupo y que debía observar y seleccionar lo mejor de cada uno para cuando llegara el momento oportuno, tratando de unir y no de dividir.

Era habitual que Evita empleara un vocabulario plagado de términos y analogías religiosas para dirigirse a las integrantes del partido. Esta representación discursiva manejaba características análogas al discurso homilético empleado por la Iglesia Católica y era consecuente con la atmósfera discursiva adoptada por el propio Perón, en un principio, y que luego Eva perfeccionó. Sin dudas, Evita fue promotora de este tipo de oralidad, no sabemos si deliberadamente o producto del pragmatismo que la caracterizaba, o quizás también, por la marcada influencia que ejercía sobre ella el padre Hernán Benítez. Lo cierto es que había un propósito fundamentalmente interpretativo o explicativo-doctrinal a través de su discurso, que al igual que las homilías su arte se manifestaba de forma oral. Una de sus características singulares es que el discurso se sitúa entre lo espontáneo y lo no espontáneo. Siguiendo con los paralelismos, se puede apreciar que el discurso está restringido a un determinado grupo social, y que apela al corazón aunque el mensaje manifieste una dureza inusitada.

Además, se produce un trasvase de términos de los contenidos y de la lengua especializada de la religión católica al lenguaje peronista que empleaba Evita. Las 24 delegadas debían ser «Apóstoles de la Doctrina Peronista», les indicaba en la Circular 1. Buscando un paralelismo con los postulados de la Iglesia Católica, de la misma manera que cada uno de los doce principales discípulos de Jesucristo, enviados a predicar el Evangelio por todo el mundo, ellas predicarían la verdad peronista de pueblo en pueblo, de provincia en provincia e incluso a otras naciones, como Beba Gil que fue enviada a Chile para «exportar el peronismo» (63). Así como la Iglesia siempre ha necesitado de sus misioneros, el movimiento peronista también: «Todas las mujeres de la Patria sean misioneras de la causa de nuestro Líder, practicando y predicando su doctrina por todos los caminos del país hasta la muerte» (64). Como en la opción preferencial por los pobres que manifiesta el Catecismo de la Iglesia, siguiendo a Jesús a lo largo de su vida pública, vemos que hace suya la defensa de los mar-

(62) Entrevista de la autora a Ana Macri, 13 de noviembre de 2002.

(63) Sobre este tema ver AMARAL (1994): 78-91.

(64) EVA PERON (1952): 103.

ginados, de los pequeños, de los pobres: «Cuanto más pequeñas, más las quiero. La que a ustedes les parezca más insignificante, es la que está más cerca de mi corazón» (65).

Ella fue adquiriendo para la gente cada vez más características de beatitud, que llegaron al extremo cuando murió. *Democracia* llegó a decir refiriéndose a Evita: «¿Qué otra voz en el mundo ha despertado igual resonancia en el alma del ser humano? Únicamente la voz de Jesús» (66). De allí que las mujeres peronistas se hayan sentido partícipes de una misión cuasi religiosa; una subdelegada censista de La Rioja, Rosalía Cabrera, una mujer muy humilde, cuando conoció a Evita se arrodilló y dijo: «madrecita», como si estuviera ante una aparición de la misma Virgen María (67). Es útil la descripción que realiza Sigmund Neumann cuando analiza al fascismo y señala que sus seguidores no perseguían la realización de un equilibrado programa de acción, sino que estaban impulsados e investidos por un mito emocionante, pues «al igual que las religiones, los mitos no pueden ser refutados» (68).

Las delegadas censistas no solo debían ser «Apóstoles de la doctrina peronista», sino que también debían mantener, igual que las subdelegadas, una conducta recta en todas las circunstancias. Debían mostrarse como ejemplo permanente en todos los instantes de su vida y en todos los aspectos de su actuación pública. Pues era el mismo movimiento femenino el que se hacía presente por ellas en todas partes (69). Tolerancia, persuasión, amor, comprensión, abnegación, sacrificio y renunciamiento son las cualidades que Eva pedía que sus colaboradoras manifestaran en su accionar. De acuerdo con las directivas, las subdelegadas debían comportarse con lealtad y disciplina como base de toda la acción partidaria. Además, debían tener con las afiliadas «buen trato, el don de atracción y simpatía, compañerismo, el desinterés, sencillez y disposición sin reticencias para obrar recta y conscientemente, de acuerdo con los postulados del partido» (70).

Las delegadas y subdelegadas censistas no estaban relacionadas con su líder a partir de un interés político, por demás legítimo, que las llevase a desarrollar una acción determinada, sino que lo que las unía a ella era el «amor». Así lo demuestra, entre otras cosas, el cuestionario que debieron meditar las subdelegadas en 1950 en el que se les proponía reflexionar «si anteponían su amor propio al amor por el partido y sus líderes». Las subdelegadas debieron hacer un acto de contrición a «simple título meditativo» sobre las normas de conducta que debían seguir en las unidades básicas. En agosto de 1950, todas las sub-

(65) *Ibidem.*, 103.

(66) *Democracia*, Buenos Aires, 1 de noviembre de 1951.

(67) Entrevista de la autora a Nélida de Miguel, 30 de noviembre de 2006.

(68) NEUMANN (1965): 562.

(69) PPF, Presidencial, Circular 3, febrero de 1950, en ANL.

(70) PPF, Sede Central Santa Fe, Circular 4, «Normas que deberán cumplir las subdelegadas censistas», 1951, AAM.

delegadas recibieron un cuestionario para saber si con «justo orgullo se puede decir que honran al PPF». El cuestionario constaba de siete preguntas:

1. ¿Tiene siempre presente, por sobre todas las cosas, que la unidad básica es un lugar casi sagrado, destinado exclusivamente al trabajo y que debe convertirse casi en su segundo hogar?
2. ¿Procura, en vista de esto, que su aspecto físico y personal guarde la más perfecta corrección y discreta compostura; y que el arreglo y prolijidad del local, sean la más perfecta expresión de su delicadeza y femineidad?
3. ¿Recuerda, constantemente, que su trato debe ser cordial y amable y que el pensamiento de la doctrina peronista debe estar siempre en sus labios y en su corazón?
4. ¿No olvida jamás que su puesto es de lucha y sacrificio y que no debe llevar a la unidad básica sus problemas personales, sus simpatías o sus preferencias, que puedan menoscabar su recta acción en la grave responsabilidad con que se la ha honrado? Se desprende de todo rencor, rencilla y desagrado, con el personal de la unidad, en bien del partido, que debe de estar por encima de todo.
5. ¿Tiene siempre presentes los altos ejemplos de laboriosidad y renunciamiento de nuestros queridos jefes, a cuya perfecta imitación debe tender su comportamiento, dentro de sus posibilidades y su acción?
6. ¿Se acalora usted discutiendo pequñeces con sus compañeras, mientras el trabajo la espera, o hace cuestión personal de pequeñas insignificancias, que no afectan la buena marcha de la Unidad? ¿Antepone su amor propio, al amor por el Partido y sus Líderes? ¿Es benevolente y tolerante con sus compañeras, para que ellas a su vez lo sean con usted?
7. ¿Se comporta siempre con la mayor corrección al hablar con el público, defendiendo nuestra causa sagrada con los principios que sostiene la Doctrina Peronista? ¿Lo hace usted con fervor, con apasionamiento pero, a la vez, con la serenidad e inteligencia necesarias para que el escucha la atiende con interés y comprensión? ¿Recuerda que nuestros opositores deben ser convencidos, haciéndoles ver la claridad meridiana de nuestras verdades, que han de deslumbrarlos? (71).

Recorrer las calles, dialogar con personas desconocidas, amén de encontrarse en ciudades o pueblos que no eran los propios, y que en alguna circunstancia se mostraban hostiles, constituyó una actividad novedosa que obviamente significó trascender el ámbito hogareño para volcarse al público. Las tareas que desempeñaba la subdelegada eran múltiples: primero y principal, no tenían horario de trabajo prefijado; en un principio trabajaban de 8 a 20 horas y, más cerca de las elecciones, todos los días (inclusive los domingos), de 8 a 24 ho-

(71) PPF, Sede Central, Capital Federal, 22 de agosto de 1950, ANL.

ras (72). Si bien estaban adscriptas al partido, se les recalca que las unidades básicas no eran oficinas administrativas y por eso no podían limitar su horario de atención (73). Las subdelegadas iban casa por casa con una carpeta llena de papeles con las indicaciones de lo que debían hacer: afiliar o buscar a las peronistas y ver cuáles eran las necesidades de los vecinos del barrio que pudieran ser cubiertas por la Fundación. El contacto casa por casa funcionaba como una invitación a las vecinas a afiliarse al partido y a convocarlas a la unidad básica previamente instalada en el barrio. Años más tarde, recordaba Delia Parodi que para «no ir y arrancarlas de su hogar... [a las mujeres] les decían que la misión nuestra... iba a ser de una gran organización asistencial... nosotros no les pedíamos que fueran activistas directamente, sino que colaboraran dentro de la unidad básica... en forma asistencial... nosotros no queríamos que nos vieran como esencialmente políticas» (74). De alguna manera, desde el partido se buscaba deliberadamente definir la participación de las mujeres como si solo fuera una acción social y no política, situación que de hecho sirvió para incorporarlas a la estructura partidaria.

En 1951, en plena campaña electoral, la presidenta del PPF buscó incentivar a las 3.600 subdelegadas censistas a partir del contacto personal con ellas y la posterior «presentación a Perón». Panebianco señala que para que una organización sobreviva debe distribuir dos tipos de incentivos: los colectivos, que se imparten tanto a los miembros como a parte de los usuarios externos (electorado fiel), y los selectivos, que se distribuyen a algunos de sus miembros. Este proceso está vinculado a la formación de una identidad colectiva, guiada y plasmada por los fundadores del propio partido (75). De esta manera, la presidenta del partido comenzó a realizar una serie de reuniones en grupos de dos delegaciones provinciales por vez. Entre junio y agosto de ese año viajaron a Buenos Aires miles de mujeres desde los rincones más remotos del país que cumplían siempre el mismo ritual. Una delegación de entre 200 y 300 subdelegadas, secretarías y colaboradoras por provincia viajaba en tren a Buenos Aires, siempre en camarotes. Alegres, aplaudidas, exaltadas, contentas, asustadas, halagadas, fotografiadas y transgresoras con su emprendimiento iniciaban la aventura. En muchos casos, la delegada debió pedir permiso a los maridos que veían con

(72) Plotkin señala que: «Las enfermeras de la Fundación y las delegadas y subdelegadas del PPF debían estar de guardia las 24 horas al día durante los siete días de la semana. Eva podía llamarlas en cualquier momento para una reunión repentina o podía enviarlas al interior del país con un preaviso de horas». Si bien era costumbre de Eva Perón eventualmente comunicarse con alguna persona de su interés a altas horas de la noche, sin embargo esta aseveración de que debían estar de guardia las 24 horas no se desprende ni de las circulares partidarias analizadas ni de las entrevistas realizadas a las protagonistas. Cf. PLOTKIN (1993): 268.

(73) PPF, Sede Central Capital Federal, 31 de agosto de 1950, en ANL.

(74) Entrevista de Luis Alberto Romero a Delia Parodi, 19 de julio de 1972, en Colección de Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella.

(75) PANEBIANCO (1990): 269.

desagrado que sus mujeres se alejaran de la casa (76). Durante el viaje, entonaban innumerables estribillos al ritmo de canciones infantiles de la época, como por ejemplo las que publicaron las santafesinas con la música del «Arroz con leche»: «santafesina no sufras más, que por Perón y Evita podrás votar. Tierra fecunda del Litoral, aquí Perón y Evita florecen ya» (77).

Las embajadoras del movimiento peronista femenino, tal las llamaban los diarios de la época, arribaban a Buenos Aires y eran conducidas por micros de la Fundación para alojarse en el Hotel del Inmigrante o en los Hogares de Tránsito o en el Hogar de la Empleada o en alguna dependencia de la Fundación. En Buenos Aires, el plan era extenso y variado. Evita las recibía entre gritos y desmayos generalizados. Les hablaba en líneas generales sobre el partido y sobre las expectativas que tenía acerca del desarrollo del trabajo partidario. Luego, pasaban una tarde en la Secretaría de Trabajo y Previsión para observar «el ritmo y forma de trabajo de Evita». Al día siguiente, visitaban todas las obras de la Fundación Eva Perón, paseaban por la ciudad entera, conocían Harrods y asistían a una función de gala en el teatro Colón, para la que se les proveía la vestimenta adecuada. Para finalizar la jornada, concurrían a los depósitos de la Fundación, donde escogían un ajuar completo que incluía desde ropa interior hasta un tapado y zapatos (78).

El broche de oro era una recepción en la residencia de Olivos en donde «las chicas del partido» eran presentadas a Perón y que además formaba parte del conjunto de visitas que recibía Perón para que aceptase ser reelecto. El escenario montado era siempre el mismo, hasta pareciera que Evita se vestía con la misma ropa para recibir a todas las delegaciones. En un gran salón, presidido por las fotos de Perón y Eva Perón, se desplegaban largas mesas que albergaban a las delegaciones. En la cabecera se ubicaban Perón y Evita y a su lado las dos delegadas censistas de las provincias invitadas. Todas estaban impecables, «nos vestíamos para ellos», recuerda Nélide de Miguel, quien se había colocado para la ocasión un precioso sombrero con un tul que le cubría la cara; cuando Evita la vio le dijo: «¿peronista y con sombrero?» y de la vergüenza se lo quitó. «Esta chica parece la bomba atómica» dijo Perón al ver cómo Ana Macri enfervorizaba a las santafesinas para que cantasen y gritasen ante su presencia. En cada mesa, junto al «refrigerio», había un sobre que contenía una carta firmada por Evita, un escudo partidario y cincuenta pesos para cada una de las presentes (79). El acto finalizaba con el discurso de cada delegada y de Perón y Evita.

(76) Entrevista de la autora a Nélide de Miguel, 11 de mayo de 2004.

(77) PPF de Santa Fe, «Cancionero de las subdelegadas censistas», 1950, en AAM.

(78) Muchas mujeres sintieron que estos encuentros fueron un punto de inflexión en sus vidas. De hecho, la situación más importante vivida por ellas. Algunas subdelegadas guardaron celosamente el ajuar recibido y lo dejaron a sus hijas como herencia. Entrevista de la autora a Eloísa Chico, 4 de mayo de 2001.

(79) A fin de apreciar el valor de los cincuenta pesos se puede tener en cuenta que el menú económico del Hogar de la Empleada costaba \$3,50 e incluía tres platos y postre.

Los discursos de las delegadas eran perfectos ditirambos. Sin embargo, cuando la delegada de San Juan, Urbelina Tejada, pronunció el suyo alabando solo a Evita: «Ella [por Evita] me tiró del vestido reprimiéndome y haciéndome gestos de que lo nombrara a Perón... y yo no lo nombré» (80). En estos casos, si alguna no era lo suficientemente elogiosa, Evita se ocupaba de arreglarlo con un sinfín de alabanzas dirigidas a Perón. Como en otras oportunidades, ella no se dirigía a las censistas sino a Perón, pues en definitiva uno de los objetivos era «mostrarle sus chicas a Perón», es decir, el logro obtenido con la creación del partido femenino.

Estos encuentros no solo eran incentivos para las mujeres del partido sino que también actuaban como potentes herramientas políticas, pues eran eficaces métodos de divulgación. «Ellas contaban lo que habían visto en Buenos Aires y lo esparcían» cuenta Eloísa Chico, secretaria de la sede central del PPF de Corrientes. «Yo les contaba de lo linda qué era Evita y cómo trabajaba y las mujeres se volvían locas cuando me escuchaban», recuerda Norma Egan. Al volver a sus provincias las subdelegadas censistas eran aguardadas tanto por las autoridades gubernamentales como partidarias provinciales. No es hoy, ni menos aún era habitual en aquella época, que una mujer, de un pueblo como por ejemplo, Monte Quemado, perdido en la selva santiagueña, fuera recibida por el presidente de la Nación y que la llevaran a conocer los lugares más importantes de Buenos Aires. Estas situaciones insuflaban en las censistas una mística muy particular y, además, reforzaban y reposicionaban su situación política. Estos contactos personales, parte de una política de incentivos selectivos, produjeron en estas mujeres una mística militante única que las marcó a lo largo de todas sus vidas y que para muchas de ellas fue su razón de ser.

El poder carismático entraña una organización altamente centralizada donde todas las decisiones clave se encuentran en manos de la líder, quien tenía un absoluto y total control del partido en todo el país, como por ejemplo en la selección de las subdelegadas, secretarías y subsecretarías tamaña tarea, teniendo en cuenta que solo las subdelegadas eran más de 3.600 en todo el país. Ninguna de ellas fue nombrada sin la aprobación de Evita, luego de que estudiase sus antecedentes familiares, policiales, morales y peronistas. Incluso, como parte de ese control, recibía a las delegadas cada quince días o menos y hablaba por teléfono semanalmente para que le transmitieran toda la información posible hasta del último rincón del país. El trabajo de las subdelegadas censistas giraba en torno a las unidades básicas femeninas, ese «segundo hogar» que ellas supieron organizar y en los cuales desarrollaron todo el trabajo partidario. Desde la afiliación hasta la asistencia social y la capacitación. Y, por supuesto, la preparación para la primera elección en que votarían las mujeres.

(80) Entrevista de la autora a Urbelina Tejada de Gómez, 28 de junio de 2002.

3. LA PRIMERA ELECCIÓN

En poco tiempo, menos de dos años, se logró una organización política centralizada, dominada por el principio de obediencia al mando en la que la simbiosis entre la identidad organizativa y la líder fundadora fue total y absoluta. La única autoridad del PPF la ejerció Eva Perón como presidenta. Recién a mediados de 1951, dos años después de la fundación del partido, se nombró una suerte de comisión directiva, llamada Comisión Nacional, que en los hechos carecía de poder. El PPF proporcionó una vía de acceso exitosa para muchas mujeres en su primera incursión política masiva, además fue determinante para el triunfo de Perón en la segunda presidencia, uno de los objetivos políticos más importantes del partido. Las mujeres participaron en el ámbito político, aunque con las limitaciones propias que les imponía su condición de mujeres y su pertenencia a un partido carismático. Además, dada su posición en el partido y su inexperiencia política, mostraron una ductilidad que los hombres difícilmente hubieran aceptado.

La forma de selección de las candidatas a ocupar puestos de legisladoras nacionales y provinciales en la primera elección de 1951 confirma que el PPF no pertenecía a nadie más que a Evita y a Perón. La estructuración separada por sexos llevó a resolver el problema de las candidaturas y la ocupación de cargos electivos de maneras diferentes en hombres y mujeres. Ninguna de las candidatas supo hasta último momento que sería elegida para ocupar un puesto de ese tipo. Es más, se autoanulaban diciendo que ellas no hacían política y lo único que querían era que Evita estuviese contenta. Las delegadas y subdelegadas consideraban que trabajaban por y para Evita y además, desde la presidencia del partido, se señalaba que la única aspiración política que podían tener las mujeres peronistas era servir a sus órdenes. Ellas creían todo lo que Evita les decía sin cuestionarlo como, por ejemplo, que las mujeres votarían pero no serían elegidas, cosa que en los hechos no fue así. Evita les remarcaba que en el partido femenino no había lugar para las ambiciones personales ni para las autocandidaturas ni para las caudillas, porque las mujeres no deben aspirar a los honores sino al trabajo.

En la selección de mujeres para presentar en las listas del partido entró a jugar la «ética de la autorrenuncia». Si la líder renunció a la candidatura a la vicepresidencia de la nación, cargo por demás merecido, en pos de «objetivos políticos más importantes», con «su ejemplo», ayudó a justificar la selección de determinadas mujeres y no de otras para ocupar los cargos de legisladoras nacionales y provinciales (81). Si Evita les decía que no tenían que tener ambiciones personales, ellas no las tenían y la que osaba tenerlas quedaba excluida. El grado de compenetración con la líder era tal, que las candidatas se autoproclamaban representantes de Evita y no del partido o del pueblo, una vez en el

(81) Ver BARRY (2009): 207 y ss.

Congreso. Es que Evita era el pueblo y el partido al mismo tiempo. Las candidatas fueron elegidas en pos de un cupo acordado por la misma Evita con las autoridades del Consejo Superior Peronista, es decir, Perón. Y una vez establecido ese cupo se incluyeron los nombres. Se las buscó leales, peronistas, obedientes, trabajadoras y sin ambiciones personales. Además, a diferencia del hombre, cada mujer debía ser cuidadosamente estudiada, lo que significaba no solo probar su lealtad, sino, también, sus cualidades morales. Una vez electas, debieron firmar sus renunciaciones a legisladoras, como medida preventiva, si no se ajustaban a las directivas de Evita. Otro rasgo singular de esta suerte de despojo de las censistas era que las candidatas a legisladoras no hicieron campaña para promocionarse en sus lugares de origen, o donde serían votadas, sino que lo hicieron en las provincias donde estaban como delegadas, logrando que el bastón de mariscala continuara en la mochila.

Las mujeres llegaron de manera excepcional a esta primera elección y el resultado de su movilización e incorporación al peronismo puede medirse en el 63,97% de votos femeninos que obtuvo el partido oficial el 11 de noviembre de 1951. Todas las candidatas que integraban las listas del peronismo resultaron electas; fue el único partido que incorporó mujeres en el Congreso. Un total de 23 diputadas y 6 senadoras nacionales; los congresos de diez provincias sumaron, a su vez, a 58 diputadas y 19 senadoras. Un total de 106 legisladoras peronistas, más las delegadas por los territorios nacionales. Con lo que hicieron un total de 109 elegidas. En Argentina no lograron alcanzarse esos niveles de representación femenina hasta fines de siglo XX, cuando la Ley de Cupos permitió, en 1999, que el número de diputadas electas fuera mayor al de 1955. Las mujeres superaron en cantidad de votos peronistas a los varones en todos los distritos, y lograron cifras inusuales, como fue el caso de Chaco, donde el 82,76% de las que participaron en la elección votaron al peronismo. El menor porcentaje de votos lo encontramos en Córdoba, provincia históricamente radical, donde el 52% de los votos femeninos fue para el peronismo. Estos altos índices fueron superados en las siguientes elecciones de 1953 y 1954.

La muerte de Evita llegó a pocas semanas de que asumieran en sus bancas. Esta orfandad, para mujeres que no estaban acostumbradas a tomar decisiones políticas propias fue detonante de que resignificarían su rol en las Cámaras. Las mujeres en el Congreso adoptaron una función singular, se convirtieron en una suerte de «juezas» de la lealtad de sus propios compañeros de banca. Lealtad que evaluaban rígidamente, como cumpliendo un mandato de Evita y como atenuante de sus propias inexperiencias parlamentarias. La oposición pronto esparció unos panfletos que daban cuenta de su visión de las dirigentes y legisladoras peronistas a las que sin tapujos tildaban de «prostitutas» (82). No fue fácil para estas mujeres armar un espacio político propio en el Parlamento. Si bien la oposición podía hacer uso de esos epítetos, la situación no era tan simple

(82) Los panfletos se pueden consultar en Lafiandra, 1955, 365.

con sus propios compañeros de bloque. En ese sentido, se puede observar una camaradería de género, más allá de la política y sin que estas discriminaciones se exteriorizaran tan claras, como en los sectores contrarios. Las parlamentarias en tanto mujeres y, en tanto, «chicas de Evita» eran difíciles para unos y otros.

La escena partidaria se alteró luego de las elecciones de noviembre de 1951 dando comienzo a una nueva etapa en la vida del PPF. A este panorama de cambios se sumó la muerte de Eva Perón que provocó un enérgico e indefectible giro en la vida del peronismo, en general, y en la organización femenina en particular. Estos cambios derivaron en dos escenarios. El primero implicó la asignación de nuevos roles a la participación de las mujeres en el partido (83). El segundo, la restauración partidaria sin la líder. Si no se toma en cuenta su origen carismático, la lógica organizativa de los partidos de este tipo aparece completamente incomprensible. Serían incomprensibles, también, las razones de su desaparición de escena luego de haber conseguido índices de participación política tan elevados y logrados en tan poco tiempo.

4. ¿Y, LOS BASTONES?

El Partido Peronista Femenino no sobrevivió a la muerte de su líder carismática. Los partidos carismáticos que se aproximan a las formas más puras se disuelven con el eclipse político de su fundador. El PPF no se disolvió producto del eclipse político de su fundadora, sino de una situación que acrecentó las peculiaridades carismáticas a su liderazgo: la muerte joven. Evita no había entrado en el proceso de rutinización de su carisma, de hecho se encontraba en la cúspide de su liderazgo carismático, incluso, su poder había adquirido connotaciones sobrenaturales que se irían acrecentando con el correr de los años. La ausencia de una líder tan poderosa como Evita sin duda cambió las reglas de juego del partido. Una presidenta por la que pasaban prácticamente todas las decisiones clave de la política y la organización partidaria no pudo menos que modificar las pautas de organización. El tema principal que se planteaba era cómo sustituir todos los roles desplegados por ella y los mecanismos de decisión absorbidos también por ella. Las mariscalas no habían estrenado su bastón, si bien tuvieron una capacidad organizativa y libertad para armar el partido en las provincias, los límites de la política eran muy precisos.

La muerte de Eva arrasó aún más con los bastones. Si bien hubo intentos tímidos de algunas mujeres de probarlos, ahora se presentaba otro líder que impedía que lo sacaran de la mochila. La muerte de la líder hizo entrar en juego de manera más acabada el ejercicio del liderazgo de Perón en el partido de las mujeres, zona reservada en exclusividad a Evita. Buscó frenar el proceso de institucionalización del partido mostrándose él como cabeza del mismo, inten-

(83) Sobre este tema ver BARRY (2008).

tando anular las posibles rivalidades internas en la organización femenina en disputa por la sucesión.

Perón intentó por distintos medios dar continuidad a ese proceso con la ayuda y el apoyo de las mujeres del partido. El PPF con las características adquiridas durante la vida de Evita comenzó a desvanecerse; sin embargo, la inyección de vitalidad que le había dado Evita al partido y al peronismo provocó un envión difícil de frenar. A Perón le fue muy difícil mantener ese nivel de control, cuidado y seguimiento del partido y de las mujeres en cada rincón del país. Si bien el partido se podía burocratizar e institucionalizar creando secretarías, consejos, faltaba el factor Evita, es decir la mística, la pasión: la razón de ser del mismo, la misión política.

El PPF quedó, en un primer momento, a cargo de Perón, y luego de un consejo directivo femenino nombrado por él. Delia Parodi fue la nueva presidenta del partido. La imposibilidad de conducir el partido como lo había hecho Evita y la inminencia de un nuevo acto eleccionario obligaron a Perón a recurrir a una dirección colegiada que llevara adelante las huestes femeninas. El partido continuó su labor hasta 1955 pero faltaba el sentido misional y aglutinante de la organización política, y pese a continuar alcanzando cifras inusuales en las elecciones, las «dirigentes» actuaban más como una organización administrativa que política.

5. REFLEXIONES FINALES

El PPF puede ser considerado como un ejemplo claro de partido carismático pues se produjo, tal como lo define Panebianco, «una total compenetración entre el líder y la identidad organizativa del partido, condición *sine qua non* del poder carismático». Esta compenetración quedó evidenciada en el poder absoluto que tuvo Eva Perón sobre el PPF, al punto que se atrevió a alegar que la única aspiración política que podían tener sus integrantes era servir a sus órdenes. Sin tapujos, también señaló que lo único que deseaban las mujeres del partido era que Perón las utilizase, dando cuenta cuál era el fin político del mismo y la posición de las mujeres.

La organización del PPF fue orquestada desde la presidencia del partido que ejercía Eva Perón. El PPF fue una organización centralizada dominada por el principio de obediencia al mando, en la que la simbiosis entre la identidad organizativa y la líder fundadora fue total y absoluta. Ella decidió cómo sería la organización y la estructura del partido y quiénes ocuparían los puestos organizativos, esto dispuso la posibilidad de divisiones faccionales que fueran susceptibles de un encuadramiento promocionando a tal o cual persona para ocupar el puesto de delegada. Las electas delegadas no propiciaron ni remotamente su postulación, situación que de hecho las hubiera dejado fuera del partido. La elección se hizo a partir de la selección personal que realizó Eva Perón de cada una de ellas, a partir del establecimiento de lazos personales, otra de las características del

liderazgo carismático, lo que obligó a desarrollar actitudes fuertemente conformistas y reverenciales para obtener su favor. Estas conductas iban desde el exceso en los ditirambos hasta la constante y detallada información sobre el partido femenino y masculino, los gobiernos provinciales, comunales, etc.

Evita buscó que estas mujeres se adecuaran a su voluntad y le fueran absolutamente leales. Ninguna delegada censista era enviada a su provincia o lugar de origen para evitar así la conformación de caudillas y hasta tenían prohibido estar en contacto, aunque no fuera más que telefónico, con las delegadas de otras provincias. Las delegadas eran una suerte de interventoras. Ellas eran representantes de Evita, más que del PPF y en tanto tales, llegaron a tener, en algunas circunstancias, más influencia que el gobernador de las provincias donde trabajaban. Las delegadas censistas se autoproclamaban representantes directas de Evita más que del partido, lo que era cierto, pues ellas habían sido elegidas directamente por Evita para que la representasen personalmente y la naturaleza de su poder estaba dada porque eran sus delegadas. Las afiliadas y las simpatizantes las seguían en tanto se las identificaba con Eva Perón.

El PPF, a diferencia del PP, se organizó a partir de una táctica política de penetración territorial consistente en un «centro» que controlaba, estimulaba y dirigía el desarrollo de la periferia, es decir, la constitución de los mandos locales e intermedios del partido. Este tipo de desarrollo organizativo implica por definición, y siguiendo a Panebianco, la existencia de un «centro» suficientemente cohesionado desde los primeros pasos de la vida del partido. Considerando que se trataba de una organización de mujeres, inexpertas en materia política, Eva Perón impidió, con éxito, cualquier posibilidad de línea interna o de formación de caudillas, como ella las llamaba, a partir de una serie de medidas. En primer lugar, la elección sobre bases personales de mujeres leales; segundo, la instrucción tajante a las censistas de la imposibilidad de que existieran líneas internas o caudillas; tercero, la forma de organización, al establecer que en cada pueblo o ciudad se nombrase a más de una subdelegada y la prohibición de nombrar a las expresidentas de los centros cívicos o a las esposas de funcionarios, que gustosas deseaban participar, pues ellas podían estar influidas por su marido y estos a su vez influir en el partido femenino.

De cualquier manera, más allá del control que Eva Perón ejercía tampoco estaba en el ánimo ni de las delegadas ni de las subdelegadas formar líneas o facciones que pudieran remotamente disputarle el poder a Evita; de existir este tipo de nucleamientos era con el fin de ganarse una mayor preferencia de la líder. En definitiva, la única aspiración política que podían tener estas mujeres era servir a las órdenes de Evita, dejando de lado cualquier tipo de aspiración personal, aunque en definitiva, el contacto estrecho o contar con la confianza de la líder era una aspiración propia en sí misma.

En el PPF no había tendencias, ni grupos ni sectores que se propiciaran siquiera como línea interna. Podían existir diferencias que se generaban por una competencia de mayor acercamiento a la líder y de obtener sus bendiciones,

pero no se reflejaban en la organización. La abierta contestación a un líder carismático comporta la excomunión del oponente, como señala Panebianco (84). En caso de producirse fuentes de conflicto o algún atisbo de crear una tendencia interna, eran rápidamente aniquilados por la líder fundadora como sucedió con algunas dirigentes de los centros cívicos femeninos que quisieron mantener su control una vez fundado el partido.

Los lazos de lealtad que unían a la líder con las delegadas y subdelegadas produjeron una relación política derivada del «estado de gracia» y formaba parte de la misión que la líder estaba llamada a cumplir, según la opinión generalizada de sus seguidoras. Como parte del poder carismático y teniendo en cuenta las características que Max Weber le atribuye al carisma personal, esta organización estaba basada, en parte, en vínculos personales. Ellas también se veían compenetradas por el espíritu y celo misionero. Se sentían parte más de una misión cuasi religiosa que de un partido político, situación que era alimentada por la presidencia del partido a través del empleo de un vocabulario rayano al religioso. Las delegadas eran «apóstoles de la doctrina peronista» que predicaban la «verdad peronista». Tampoco faltaban en esta misión los trabajos caritativos, realizados desde las unidades básicas femeninas, la adoración pública a los líderes, y la conmemoración de «santos y mártires» peronistas. Este celo misionero en el que se sentían imbuidas las censistas las llevaba a un fuerte desprendimiento personal que implicaba no reparar en horarios, llegando a tener jornadas extenuantes de trabajo. Además, ellas tomaban su misión como parte de la misión salvadora de la mujer y de los humildes a que estaba llamada Evita. Sin embargo, pese al fervor imperante estas mujeres no pudieron en ese momento superar la ausencia política de Eva Perón, es decir, sus bastones de mariscalas estaban adormecidos. Una organización política de estas características no puede sino desaparecer con el ocaso de su fundadora. En 1952 el PPF entró en una suerte de estancamiento, y recién entre 1954 y 1955 comenzó una tibia institucionalización, para desaparecer con el golpe de estado. Durante treinta años se realizaron, vanamente, distintos intentos por revivirlo.

5. BIBLIOGRAFÍA

- AMARAL, SAMUEL (1994): «Feminismo y peronismo en Chile: ascenso y caída de María de la Cruz», *Todo es Historia*, n° 321, pp. 78-91.
- ARGENTINA, Comisión Nacional de Investigaciones, (1958): *Documentación, autores y cómplices de las irregularidades cometidas durante la segunda tiranía*, Buenos Aires, Vicepresidencia de la Nación, 5 vol.
- BARRY, CAROLINA (2008): «El consumo como doctrina en el Partido Peronista Femenino (1952-1955)», en *Política y compromiso militante*, Tandil, UNICEN.

(84) PANEBIANCO (1990): 272.

- (2009): *Evita Capitana. El Partido Peronista Femenino (1949-1955)*, Buenos Aires, Eduntref.
- BIANCHI, SUSANA y SANCHÍS, NORMA (1988): *El Partido Peronista Femenino*, 2 t., Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- GURDULICH, LILIANA (1996): *Las claves de la memoria*, vídeo documental, Buenos Aires, Partido Justicialista.
- LAFIANDRA, FÉLIX (1955): *Los panfletos, su aporte a la Revolución Libertadora*, Buenos Aires, Itinerarium.
- MACKINNON, MOIRA (2002): *Los años formativos del Partido Peronista*, Buenos Aires, Instituto Di Tella — Siglo XXI de Argentina.
- MAIN, MARY (1955) [1952]: *La mujer del látigo: Eva Perón*, Buenos Aires, La Rreja.
- NEUMANN, SIGMUND (1965): *Partidos políticos modernos*, Madrid, Tecnos.
- PANEBIANCO, ANGELO (1990): *Modelos de Partido, Organización y Poder en los Partidos Políticos*, Madrid, Alianza Universidad.
- PERÓN, EVA (1952): *La razón de mi vida*, Buenos Aires, Peuser.
- (1999): *Mensajes y discursos*, Buenos Aires, Fundación pro Universidad de la Producción y del Trabajo-Fundación de Investigaciones Históricas Evita Perón, 2 vol.
- WEBER, MAX (1964): *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.

